

MUESTRA GRATUITA

NOXHALL ACADEMY

MÍA

Un romance lésbico gótico

Capítulo uno

por
Carol Búho

carolbuho.com

CAPÍTULO 01

Mira el lado positivo: siempre podrías estar leyendo algo peor

¿Cómo mierda terminé aquí? Ah, claro...

Respiro hondo y le doy tres golpes a la puerta con los nudillos. La madera fría resuena con cada impacto, pero no obtengo respuesta. Instintivamente, busco el teléfono para ver la hora, palpando los bolsillos de la falda. Entonces, recuerdo que una pelirroja con cara de haber bebido vinagre, me lo quitó en cuanto puse un pie en el internado.

Alterno la mirada entre el plan de estudios que sostengo en la mano derecha y la placa en la puerta, que dice: Prof. Hargrave, Estadística Avanzada. Por lo menos espero estar interrumpiendo la clase correcta; no quiero ser la protagonista de una comedia de errores en mi primer día.

Vuelvo a tocar con un leve temblor en los dedos.

La directora Barrett podría haberse tomado la molestia de guiarme a través de este laberinto, pero parece que la compasión no está en su lista de prioridades. Seguro se encuentra demasiado ocupada tratando de batir su propio récord de indiferencia.

Acerco mi oreja a la madera: silencio absoluto.

Confieso que no me sorprendería si al entrar me encuentro a un montón de adolescentes con túnicas y sombreros puntiagudos.

Qué día tan jodido.

No puedo echar raíces en el corredor más tétrico que he pisado, así que elijo mi única opción disponible y empujo la puerta.

Ante el primer vistazo, el sombrío ambiente de NoxHall se quiebra como un cristal cayendo desde el noveno piso. Los muros de piedra, pesados y sólidos, son ideales para bloquear el ruido, lo que en un instituto con tantos jóvenes solo puede significar una cosa: entropía permitida.

¿Por qué me sorprende? No vine a cerrar un trato inmobiliario para el conde Drácula. Aunque el internado se parece a un auténtico castillo en Transilvania, sigue siendo solo una escuela. Y, como en cualquier otra, también hay sexo, proyectiles de papel empapados en saliva, drogas y profesores que parecen haber sido abducidos por extraterrestres.

Me arrastro despacio hasta una de las mesas en la primera fila, intentando pasar desapercibida. El salón de clases, como todo en NoxHall, es oscuro y antiguo. La densa niebla que envuelve el edificio impide el paso de luz natural, y el candelabro colgante emite un resplandor tenue, apenas suficiente para teñir los pesados escritorios con un tono amarillento.

Lamentablemente, no he desarrollado el poder de la invisibilidad. Un alumno me sigue y, con una seguridad que raya en la audacia, decide que es una idea genial sentarse directamente en la mesa que he

elegido. Su actitud relajada grita: No estoy aquí para ser un mero espectador, estoy aquí para ser parte del show.

—¿A quién mataste? —me pregunta, con una mirada que mezcla curiosidad y descaro.

— *RECUERDO* —

—¿Está...? — *se me corta la voz, el nudo que tengo en la garganta ahoga las últimas palabras.*

—Muerto —*la respuesta me cae encima, pesada como una losa.*

Mi acompañante escudriña nuestro alrededor, temiendo que algún testigo se oculte en la pesada oscuridad que nos rodea.

Cruzo los brazos, apretándolos contra el pecho, en un intento de contener el torbellino de emociones que amenaza con desbordarme.

¡Carajo!

◆ ◆ ◆

—A mi novia — alzo los hombros como si no me importara.

—Entonces has llegado al lugar correcto —abre los brazos con un gesto grandilocuente, como si estuviera revelando la extensión de su imperio— Bienvenida al infierno, ¿señorita...?

Es el guapo del curso; no necesita más presentaciones porque mi vista funciona perfectamente. Rostro cincelado, ojos profundos, pómulos altos y ese aire de soy irresistible, que lo envuelve como una maldita fragancia costosa.

—Grace Harrow.

—Bienvenida al infierno, señorita Harrow —dice señalándome con el dedo que da soporte a su porro— Yo soy Oliver Huntington.

Sonríe, y la curva natural de su boca le da un aire encantador.

—Por lo menos déjala disfrutar de su primera semana.

Otro estudiante se acerca con una actitud desenfadada y, en un movimiento rápido, le arranca el cigarro de la mano. Oliver, irritado, intenta darle una patada, aunque no logra alcanzarlo. En respuesta, su amigo se lanza sobre él, iniciando una falsa pelea. La escena es casi cómica, con los dos revolcándose en el suelo y tirándose golpes entre risas.

—Ya te acostumbrarás —me comenta una chica de pelo corto, inclinándose con gracia para rescatar el porro— ¿Harrow? —se le marca una arruga entre las cejas al fruncir el ceño— Nunca nadie había entrado a una clase avanzada en mitad del curso.

Hace una pausa, inhalando lentamente, como si esa bocanada de humo le ayudara a ordenar sus pensamientos.

—Tengo dos teorías: o eres increíblemente importante o hiciste algo terriblemente malo. Y, sinceramente, no estoy segura de cuál de las dos prefiero —me observa con recelo desde arriba, mientras el humo se desliza despacio por sus labios — Pero, tarde o temprano, lo averiguaré.

— RECUERDO —

*—Estás loca — me saca el teléfono de un tirón cuando estoy a punto de hacer la llamada al 911—
¿Exactamente qué piensas decir?*

—La verdad...

—¿Y luego qué?

La miro a los ojos, de un verde esmeralda intenso y luminoso, parecen completamente ajenos a la situación en la que estamos. Es como si fuera imposible para ellos dejarse arrastrar por las sombras.

—No podemos huir.

—No hay nadie —vuelve a mirar alrededor— Decide, es ahora o nunca.

Con semblante molesto, alargo la mano para recuperar mi teléfono.

—Llamaré al 911.



—Mi papá es director del Banco Nacional de Comercio Exterior —susurro, acompañando mis palabras con un leve encogimiento de hombros— ¿Esto es habitual?

Fijo los ojos en el desorden que nos rodea, concentrándome en la pareja que se entrega a una actividad excesivamente cariñosa en una esquina del salón.

—Víctor Hargrave es un patán irrelevante que se pasa los días emborrachándose en sus aposentos —se instala en el escritorio contiguo, toma una calada lenta y sigue explicando— Déjalo que se deleite con tus piernas de vez en cuando y ya está, lo tienes en la bolsa.

De pronto, ocurren varias cosas al mismo tiempo. La chica se queda blanca, suelta el porro y lo aplasta bajo su zapato como si fuera un insecto. El silencio cae de golpe, tan denso que casi lo escucho rebotar en mis oídos. Los demás alumnos se colocan de pie junto a sus escritorios, adoptando una postura tan rígida que apesta a miedo. Echo un vistazo alrededor, dándome cuenta de que todo ha sido provocado por la llegada de una persona, una mujer. Entra en silencio, como esas tormentas que arrasan con todo. Es rubia, atractiva, muy elegante y en definitiva no tiene cara de llamarse Víctor Hargrave.

Me levanto, imitando al grupo, porque algo me dice que, si no lo hago, tendré que empezar a escribir mi epitafio.

—Buenos días, profesora Faulkner —los estudiantes pronuncian un saludo simultáneo y en un tono monocorde.

Luego, como siguiendo una coreografía perfectamente ensayada, ocupan sus sillas.

Faulkner no responde. En su mano lleva un libro y una taza de café, y cada paso que da retumba en el silencio que su presencia ha impuesto. Su andar tiene una calma inquietante que te hace pensar que sería capaz de clavar el libro en tu pecho y seguir sorbiendo su café sin pestañear.

—Radcliffe. Tras estudiar cómo se manifiesta la culpa en Macbeth y Lady Macbeth después de los asesinatos que cometen, ¿qué diferencias y similitudes puede identificar en sus reacciones? —habla con una leve sonrisa presuntuosa, gozando del control que ejerce.

El alumno se levanta, enredando un dedo en su cabello rizado.

—Macbeth se siente culpable de inmediato —comienza, con un gesto de reflexión marcado en la frente— Ve cosas como una daga que realmente no está ahí. Lady Macbeth parece más calmada, al principio —se detiene y baja la mirada, buscando las palabras precisas— pero luego ella también empieza a desmoronarse, obsesionada con unas manchas que no puede limpiar.

—Intente ser más específico. Al decir, cosas como una daga, no está capturando la profundidad del simbolismo en Macbeth. La culpa no se representa con vaguedades— explica mientras alcanza la parte delantera del aula y sube los dos escalones que elevan el estrado de los profesores— Daga y manchas de sangre son símbolos fundamentales; trátelos como tal.

La severidad de su voz me hace encoger al instante.

—Entiendo, profesora Faulkner.

Irradia una elegancia atemporal que combina a la perfección con su porte. El blazer azul claro aporta un toque refinado, combinado con una blusa blanca de diseño delicado que evoca un estilo clásico y femenino.

—Carrington, explíqueme cómo la paranoia contribuye a la caída de Macbeth.

Esta vez, una chica se pone de pie mientras aclara su garganta, despejando el camino hacia las palabras.

—Bueno, eh... Macbeth se pone superparanoico después de hacerse rey, ¿no? Y entonces empieza a hacer más cosas malas, y cada vez se mete más en problemas... hasta que, básicamente, todo se le viene abajo.

—Superparanoico —repite Faulkner, con una frialdad implacable— ¿No le parece que es un argot juvenil inadecuado para el análisis de una obra de Shakespeare?

Vaya, ¿es tan inteligente como aparenta, o es solo su tono y la forma en que acomoda las palabras lo que hace que todo suene perfecto... y, de alguna manera, un poco demente?

—Lo siento, lo que quise decir es que Macbeth se vuelve profundamente paranoico, lo que lo lleva a cometer más crímenes y, al final, a su propia caída —la corrección de Carrington llega en un tono bajo, rozando el silencio.

La rubia se mueve con imponente seguridad sobre la plataforma. Tiene una voz precisa y contundente; cada palabra deja una marca profunda en los muros que nos rodean. Sigue lanzando preguntas, eligiendo

estudiantes al azar, o al menos eso parece, pero ninguna respuesta logra satisfacerla.

Hasta que nuestros ojos se cruzan soy consciente de que me he quedado boquiabierta y, en el choque de miradas, la tierra bajo mis pies se sacude.

Oh, mierda, Faulkner me ha visto.

Como una niña sorprendida en medio de una travesura, me hundo en mi silla. Hay algo en ella, algo indescriptible. Aunque es nuestro primer encuentro, ese algo me provoca un escalofrío que recorre mi espalda, desde la nuca hasta el último vértice de mi columna.

—Harrow.

Carajo. ¿Por qué a mí? Intento recordar todo lo que sé sobre Shakespeare, pero, francamente, no odio mi vida lo suficiente como para ponerme a leer clásicos. Lo único que sé es que Romeo y Julieta se suicidaron, y ni siquiera es la obra que están discutiendo en esta clase.

Me pongo de pie, como todos los demás cuando Faulkner menciona sus nombres. Aunque los nervios me marean, levanto la barbilla. Estoy lista para enfrentar la muerte.

—¿Quién está fumando marihuana?

No es el disparo que esperaba; lo impredecible de Faulkner solo empeora mis náuseas. Y lo último que quiero, es ser la chica nueva que terminó vomitando delante de la profesora.

Parece que adquiriré un poder sobrenatural, porque me doy cuenta que todos en el salón contienen el aliento. Están tan expectantes de mi respuesta como la rubia.

—¿Marihuana? —repito, con una voz llena de asombro.

¿Qué mierda estoy haciendo?

Faulkner arquea una ceja, y me da la impresión de que se está planteando la misma pregunta. Su mirada perfora mi piel, desnudándome los pensamientos y activándome una corriente eléctrica en el interior.

—¿Qué parte del cuestionamiento le resulta excesivamente abstruso, señorita Harrow?

Me muerdo el labio. No necesito decir nada; con señalar al culpable podría deshacerme de la rubia malvada.

—No sé de qué habla, profesora.

Soy el estandarte del autosabotaje.

—Inhale profundo —ordena Faulkner, con evidente fastidio— ¿No es capaz de identificar ese aroma?

Sacudo la cabeza y arrugo la boca, dejando ver con cada gesto cuánto me desconcierta la situación.

—¿Moho? ¿Humedad? —elevo los hombros— Tal vez ese olor a marihuana que le inquieta llegó con usted de alguna otra parte.

Aunque trato de parecer valiente, en mi cabeza ya estoy corriendo hacia la salida para refugiarme en el bosque con una tribu de chamanes.

Faulkner, exhibiendo una expresión seria y penetrante, barre el aula con la mirada.

—El profesor Hargrave no está disponible hoy —anuncia con un tono implacable— Aprovecharemos esta oportunidad para sumergirnos más en el análisis de Macbeth. Seguiremos desentrañando la intrincada paradoja del poder y la locura.

Perfecto, no ha estado tan mal después de todo.

—¿Acaso le he concedido permiso para sentarse, señorita Harrow? —pregunta con voz glacial, mientras abre su libro— Una vez que Macbeth ocupa el trono...

—Pensé que ya había terminado conmigo.

Se gira despacio, su mirada corta el aire como un látigo, dejando una sensación de impacto en mi piel, como si una mano invisible me hubiera abofeteado.

—No me interrumpa, Harrow —me advierte con un tono que recuerda al siseo de una serpiente— Levántese; esa será la forma en que tomará mis clases de aquí en adelante. Bienvenida a NoxHall.

Separo los labios para protestar, pero ¿qué puedo decir? No hay palabras; solo la miro aturdida mientras su ceja, notablemente gruesa, se arquea en un desafío silencioso.

Lo proclama sin palabras: esta es su escuela, estas son sus reglas, y si tardo un segundo más en entenderlo, convertirá mi vida en un infierno.

Me levanto con un respiro fuerte, cargado de resignación, e intento forzar una sonrisa. Faulkner, imperturbable como un robot diseñado para torturar mentes jóvenes con literatura del siglo pasado, continúa su monólogo sobre Macbeth. Decido que, por primera vez desde que llegué aquí, seré sensata y cerraré la boca.

Pronto se me olvida que soy el centro de atención. Si lo pienso bien, nunca lo fui, porque en esta clase no se pierde el tiempo. Siguen con la lectura de Macbeth y analizan cada línea en profundidad. Faulkner está en su elemento, escucha a los estudiantes con atención, y sus correcciones son mordaces, casi crueles. Cuando se gira para escribir en la pizarra, no puedo evitar un impulso primitivo: la observo de arriba abajo y mi primera impresión es: Oh, por Dios.

Alta y esbelta, su figura exhibe curvas y contornos con una definición impecable. Su cabello, resplandeciente con reflejos naturales que varían entre tonos miel y caramelo, cae en ondas sobre sus hombros. Irradia un magnetismo imposible de ignorar. Pero es una hija de puta.

Me resulta imposible no intentar descifrarla, y al hacerlo, me pregunto si habrá alguien que pueda explicármela tan bien como ella lo hace con Shakespeare. Quizá así lograría identificar con precisión ese algo que la hace parecer la madrastra malvada de Cenicienta.

Doy un salto dramático cuando un chirrido agudo resuena por todo el salón. Aunque es mi primer día, puedo asegurar sin dudar que ese timbre anuncia el final de la clase. Y estoy convencida de que lo diseñaron específicamente para poner a prueba mi resistencia al estrés.

—Mañana a primera hora, dejarán en mi oficina un ensayo de dos mil palabras, detallando con meticulosidad cómo el poder adquirido corrompe y precipita la locura de Macbeth —ordena de manera intransigente, y los alumnos apenas pueden susurrar quejas mientras recogen sus apuntes — Señorita Harrow, usted se queda.

Huyen de manera ordenada, o al menos lo intentan, porque está claro que quieren alejarse de Faulkner lo más rápido posible. La chica que estaba sentada a mi lado me lanza una mirada compasiva; sabe que me debe la vida. Disimuladamente, se agacha para recoger el porro que mantuvo oculto bajo su pie durante toda la clase.

Trato de contener un nuevo sobresalto cuando el golpe de la puerta indica que nos han dejado solas. A solas con la profesora Faulkner. Estoy convencida de que nadie en el internado desea estar en mi lugar.

Agotando mis últimas reservas de valor, la miro directamente a los ojos.

Gran error.

Una vez leí que el horizonte de eventos de un agujero negro es el punto a partir del cual nada puede regresar. Pues bien, cuando me doy cuenta de que ese algo peculiar en Faulkner es el color de sus ojos, ya es demasiado tarde: estoy jodida.

Sus pupilas, oscuras, casi negras, tienen una profundidad que parece engullir todo a su alrededor. En ese instante, el tiempo comienza a distorsionarse, y casi puedo jurar que, si alguien se asoma por la puerta, podría ver cómo me espaguetizo, alargándome infinitamente y desapareciendo para siempre dentro de su mirada.

—Dos meses de lecturas atrasadas, señorita Harrow —su voz gélida me atraviesa como un cuchillo recién afilado— *Madame Bovary*, de Flaubert; *Crimen y Castigo*, de Dostoyevski... —tensa la mandíbula, revelando de inmediato su disgusto— ¿No sabe tomar apuntes?

Sus ojos no me facilitan la huida. Balbuceo, me quedo mirando la pizarra detrás de ella, luego me rasco la oreja y, por fin, mi neurona viva me insta a levantar la tapa del escritorio, revelando un compartimento repleto de bolígrafos y hojas de papel.

Paso uno. Completado.

Dijo: *Crimen y Castigo*, y... ¿Qué era lo otro? Aprieto los labios mientras trazo garabatos imprecisos; mi escritura se tambalea como si estuviera en un barco en medio de una tormenta, porque tengo la abrumadora certeza de que me observa. Juro que puedo sentir su escrutinio invadiendo cada poro.

Le lanzo una mirada llena de incertidumbre. Antes de que pueda siquiera preguntar sobre la lista de lecturas, ella ya está hablando.

—¿Acaso he autorizado que tome asiento?

Miro a mi alrededor. ¿Es esto alguna clase de broma? Su rostro, aunque atractivo, no parece el de alguien que suele hacer chistes.

—No hay nadie más...

—Señorita Harrow, me resulta profundamente desagradable repetir indicaciones.

—Esto me parece cruel y excesi... —le basta una mirada para cerrarme la boca.

Me pongo de pie con la hoja y el bolígrafo en las manos, consciente de que debería decir algo, pero Faulkner ha logrado bloquearme las ideas.

—Madame Bovary, de Flaubert; Crimen y Castigo, de Dostoyevski; Cien Años de Soledad, de García Márquez; El Proceso, de Kafka; y Macbeth, de Shakespeare —recita cada título con claridad— Dispone de un mes para dominar estos textos. El examen será exhaustivo, le sugiero que intente estar a la altura.

No es que Faulkner sea una profesora estricta; es que esto roza la demencia absoluta.

—¿Un mes? Eso es imposible...

Se acomoda en la silla con una elegancia que parece perfectamente planificada.

—¿Cuánto tiempo estima necesario, señorita Harrow?

En Greenwich nos mandaban a leer un libro al año, lo cual me parece bastante razonable. Pero si lo digo en voz alta, es probable que Faulkner escupa fuego.

—¿Diez meses?

Se acaricia la barbilla y la levanta un poco, entrecerrando los ojos mientras me evalúa con una calma casi cruel. El anillo dorado en su anular es toda una declaración: una gruesa banda adornada con una constelación de diamantes negros rigurosamente alineados.

—He reconsiderado. Mañana tendrá un examen sobre Madame Bovary —declara mientras avanza hacia la puerta con pasos largos.

—Eso no tiene sentido, ¿cuál es su maldito problema?

Alcanza la salida antes de girarse, y me encojo, paralizada por el miedo. Rayos, ya estoy grande para esto. ¿Por qué esa rubia impone tanto?

—Señorita Harrow, le recuerdo que no está de vacaciones. El tiempo que emplea en cuestionar mis instrucciones sería mejor invertido en la lectura. Así, tal vez, no tendría que repetirle cada palabra, ya que parece tener dificultades para entender instrucciones básicas —arquea una ceja, esbozando una ligera mueca que destila desdén— Ah, y, por cierto, acaba de ganarse otro castigo.

—Me tiene aquí —extiendo los brazos, dejando claro que sigo parada en el mismo sitio— no puedo estar más castigada de lo que ya estoy.

—La espero en la biblioteca a las diez en punto.

Se va. ¿Tengo dos malditos castigos con ella? No, en realidad son tres, porque pedirme que lea Madame Bovary en un día es, sin duda, otro de sus sádicos métodos de tortura.

¿Quieres saber qué pasó con Grace y la profesora Faulkner?

Esto ha sido solo el primer capítulo.
NoxHall guarda secretos, castigos y una directora
dispuesta a lo que sea con tal de mantener el control.

LEE “MÍA” COMPLETO

<https://carolbuho.com/libreria-safica/mia-un-romance-lesbico-gotico>

Más historias de Carol Búho en

carolbuho.com
